



## Los antepasados vienen a terapia

Dídac P. Lagarriga

(Traducción del artículo publicado en catalán en el Diari Ara, 16/10/2014)

En el mundo existen mecanismos sutiles que la mente moderna empieza a reencontrar después de un periodo fuertemente marcado por el materialismo y una visión sesgada de la ciencia. Este reencuentro no es ir hacia atrás, sino una incorporación eficiente que ayuda a equilibrar todos los desórdenes provocados en nombre de esta racionalidad mal entendida. Porque no se trata de descartar las demostraciones empíricas ni nuestra innata capacidad de razonar para caer en un mundo simbólico y plagado de supersticiones, sino de hacer compatible las evidencias del mundo material con las sutilezas que hacen girar (y revolver) el mundo. Entre estos mecanismos intangibles, los que más atraen a la mente moderna (acostumbrada a la funcionalidad práctica de las cosas) son aquellos que despliegan su capacidad sanadora. La inclusión de los antepasados en las actitudes del presente, por ejemplo, ha irrumpido espectacularmente en las terapias de los últimos años. Alemania o Francia, cunas de la racionalidad moderna, se han convertido en epicentros de la psicogenealogía, esta rama de la psicología que estudia la influencia de los ancestros y el árbol genealógico familiar en nuestro comportamiento, tanto individual como social. Una de las vertientes más popularizada de este ámbito, también aquí, son las llamadas constelaciones familiares (véase el artículo en ARA “Constel·lacions familiars, la teràpia de moda” del 19/02/2014 para una explicación más detallada de sus fundamentos).

## Los antepasados, un recurso universal

Además de las propias características de cada aproximación terapéutica y las diferentes conclusiones que se intensifican a medida que crece el interés, todas tienen en común reconocer la importancia de los antepasados en el comportamiento de nuestro presente. Esto no es ninguna novedad para la mayoría de culturas y espiritualidades del mundo, todo lo contrario. África, Asia, América... en todos los continentes los antepasados ocupan un lugar destacado en los rituales de sanación, y no se ve el individuo como un ente aislado que surge de la nada, sino que mantiene unos vínculos genealógicos que debe entender y valorar para desencallar bloqueos, miedos, traumas inconscientes o acciones devastadoras cometidos por fidelidad.

Es muy interesante y significativo que después de un largo periodo agresivo con las demás culturas, la mente moderna reconozca la funcionalidad de unas prácticas que había atacado por supersticiosas, ineficientes y primitivas. Así, reconocer su viabilidad va más allá de un beneficio

inmediato, pues ayuda a cerrar todas las heridas de esta actitud prepotente. Las visiones indígenas que entendieron el rol activo de los antepasados en la vida de una persona o de un pueblo, se ven ahora reconfortadas por un aumento exponencial en las mismas sociedades imperiales que antes reprimieron con dureza estas mismas prácticas. Esto no pasó, por ejemplo, cuando la expansión lenta y gradual del budismo y el islam por Asia y África se fue solidificando con estas prácticas autóctonas para reforzarlas desde otra óptica. Por eso, y con todos los matices que se quieran, las sociedades budistas y musulmanas asiáticas y africanas mantuvieron su culto a los antepasados como herramientas sanadoras y resistieron al impacto colonial que no reconocía estos vínculos genealógicos.

### **Cerrar heridas colectivas**

Siguiendo la lógica de la psicogenealogía actual, cuando el hijo de un agresor asume el crimen que cometió su padre, debe diferenciar entre la culpa (que tiene que abandonar) y el deber hacia la víctima (que tiene que asumir) y, de este modo, puede romper con el legado traumático. A su vez, también ayuda a sanar al padre y a la víctima del padre. A nivel social también sucede lo mismo: una sociedad que hereda un crimen no tiene que cargar la culpa, pero sí se tiene que responsabilizar del mal. Esto se está trabajando especialmente en Alemania con relación al nazismo, pero se puede exportar a cualquier sociedad que ha vivido episodios de violencia. Sin ir más lejos, la construcción esencialista de España necesita con urgencia de este trabajo sanador para no continuar reproduciendo los mismos esquemas de exclusión y violencia. Los casos extremos, como afirma la antropóloga belga Christiane Stalaert, sirven para reconocer aspectos que después encontramos en casos más difíciles de detectar. En este sentido, Stalaert estudia la relación entre Nazismo e Inquisición española y cómo ha repercutido en sus víctimas, que suelen seguir los mismos mecanismos de exclusión y represión (como nos muestran el sionismo y el islamismo neurótico). Una nieta de abuelos nazis le preguntó al alemán Bert Hellinger (figura clave de las constelaciones familiares) qué pasa cuando te sientes avergonzado de tus antepasados y este le respondió: “Quién se avergüenza trata de escapar del destino común, y esto es imposible. Este sentimiento de culpa proviene de una postura arrogante, similar a la que tenían los nazis en relación a los judíos y otros perseguidos. Por lo tanto, esta vergüenza te vincula con los autores del crimen, no con las víctimas. Con estas nos une el luto y el respeto. No podemos simplemente situarnos por encima de los autores de los crímenes y suponer que somos mejores. A un nivel profundo tenemos que reconocer que estamos vinculados a ellos y que, cuando morimos, ya no hay diferencias.” Más allá de ideologías y expectativas racionales, el recurso a los antepasados engloba problemas personales y sociales, cotidianos y transnacionales con una eficacia compleja y no siempre obvia que ha funcionado a lo largo de los siglos y de las geografías. Ojalá a la mente moderna le sirva para reequilibrar algunos de los grandes desajustes cometidos en su nombre.